

FABIANI vuelve la cabeza y con sorpresa vé á JUANA en el umbral de la puerta del foro.

FAB. (Juana!)

JUANA. (Es él!)

REINA. Conoceis á esa jóven?

FAB. No, señora.

REINA. Y tú, jóven, conoces á milord?

JUANA. Diré la verdad, aunque me cueste la vida; sí, señora.

REINA. ¿No conoceis á esta mujer, milord?

FAB. Señora... tratan de perderme; estoy rodeado de enemigos y esa mujer está coligada sin duda con ellos. Ni la conozco ni sé quién es.

REINA. (Levantándose y pegándole en la cara con un guante.) Eres un cobarde! ¡Engañas á la una y reniegas de la otra! Ya que no la conoces, yo te diré quién es. Esa jóven se llama Juana Talbot, es hija de Juan Talbot, lord católico, que murió en el cadalso por defender á mi madre. Esa jóven es mi prima Juana Talbot, condesa de Sherwsbury, de Wateford y de Wexford, paresa de Inglaterra. Lord Paget, sois comisario del Sello privado; tened en cuenta mis palabras y tomareis acta de lo que voy á decir. La reina de Inglaterra reconoce solemnemente á esta jóven por Juana, hija y única heredera del conde de Wateford. (Indicando los documentos.) Y es nuestra voluntad que autoriceis con nuestro gran sello los títulos y las pruebas que teneis ahí. (A FABIANI.) ¡Está probado que es la condesa de Wateford, y tú le devolverás sus bienes, miserable! No conoces á esa mujer? Pues ya sabes quién es. (En voz baja y con furor reconcentrado.) ¡Infame! Es tu querida!

FAB. Señora!...

REINA. Eso es ella, y ahora oye lo que eres tú.—Tú eres un hombre sin alma, sin corazón, falso y miserable; tú eres... Señores, no teneis necesidad de separaros... no me importa que oigais lo que le digo, y por eso no bajo la voz.—Eres un miserable, que has sido traidor para mí y cobarde para ella; un impostor, el más vil y el último de los hombres. Cuando te nombré conde de Clanbrasil y baron de Dinasmonddy y de Darmouth estaba loca, señores, y os pido perdón por haberos hecho alternar con él. ¡Tú, caballero, tú, hidalgo, tú, noble! ¡compara tus hechos con los de los gentiles-hombres aquí presentes y muérete de vergüenza! Sí, señores, este noble de nuevo cuño es hijo de un mediero; yo lo sabia y lo ocultaba, y aparentaba creerlo cuando me hablaba de su nobleza, porque las mujeres somos así. Este mise-

rable engaña á la una y reniega de la otra. ¡Le estoy hablando y no se me arrodilla! De rodillas, miserable! Milores, hacedle arrodillar á la fuerza.

FAB. Vuestra majestad...

REINA. Silencio! Debía esperar que se portase así el hombre vil y despreciable que colmé de beneficios, el lacayo napolitano que hice caballero y conde libre de Inglaterra. ¡Hé aquí, Juana, al hombre que te has entregado! Pero yo te vengaré. Debía saber hace mucho tiempo que del bolsillo del italiano solo se puede sacar un estilete y del alma una traicion.

FAB. Señora, yo os juro...

REINA. ¡Ahora quiere ser perjuro también, y hacernos ruborizar á nosotras, pobres mujeres, que hemos tenido la flaqueza de amarle! Pero no levantará la cabeza.

FAB. Sí, señora; la levantaré, porque sé que estoy perdido, que habeis decretado mi muerte, que empleareis contra mí todos los medios, el puñal, el veneno...

REINA. (Cogiéndole las manos con viveza y arrastrándole al proscenio.) No emplearé, señor italiano, ni el veneno ni el puñal. Morireis al medio día, en la plaza pública, cortándoos la cabeza el hacha del verdugo y ante cien mil testigos; quiero que imponga tu castigo y que digan: Ha ultrajado á una mujer, pero la reina la ha vengado. Al favorito que todos envidiaban, al jóven insolente que yo vestí de raso y terciopelo, quiero verle atravesar las calles de Lóndres temblando, despavorido, con las manos atadas, silbado por el pueblo y maniatado por el verdugo. En su cuello, donde yo colgué el collar, quiero ver la soga. Ya que me complacia ver el efecto que hacia Fabiani sobre el trono, quiero ver el efecto que hace sobre el cadalso.

FAB. Señora!...

REINA. Silencio. Subirás al patíbulo, como Suffolk y Northumberland. Es un espectáculo que quiero dar á la ciudad de Lóndres, ya que ella te aborrece. Es grato, cuando hay necesidad de vengarse, ser María, reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y dueña de cuatro mares. (A SOMMERSSET.) Milord duque, como condestable de la torre de Lóndres, haced que ese hombre os entregue la espada.

FAB. Tomadla, pero protesto; porque aun admitiendo que se pruebe que he seducido ó engañado á una mujer...

REINA. Eso no me importa, ni me ocu-

po de eso: estos señores son testigos de que eso me es indiferente.

FAB. Seducir á una mujer no es un crimen capital, señora. Vuestra majestad no pudo conseguir que condenaran á Trogmorton por una acusacion semejante.

REINA. Aun nos desafia! ¡Aun quiere el gusano convertirse en serpiente! Quién te ha dicho que te acuso de eso?

FAB. Entonces de qué se me acusa? No soy inglés, y por lo tanto no soy súbdito de vuestra majestad; soy súbdito del rey de Nápoles y del Santo Padre. Requeriré á su delegado el cardenal Polus para que me reclame, y me defenderé. Soy extranjero, y no se me puede formar causa sin haber cometido un verdadero crimen. ¿Qué crimen he cometido yo?

REINA. Y lo preguntas!...

FAB. Quiero saberlo.

REINA. Ya oís, señores, lo que me pregunta; oid ahora lo que voy á contestarle. Pensad y tened en cuenta que no tengo más que herir el suelo con el pié para hacer brotar un cadalso. Lord Chandos, abrid esa puerta de par en par y que entre toda la corte.

## ESCENA VIII.

Dichos, el LORD CANCELLER y toda la corte.

REINA. Entrad, milores; tengo gran placer en veros hoy. Que vengan cerca de mí los ministros de justicia y los reyes de armas de la Cámara de los Lores, que saquen las espadas y que se coloquen á derecha é izquierda de Fabiani, encargándose desde ahora de custodiarle.

FAB. ¿Podré saber de qué crimen se me acusa?

REINA. Milord Gardiner, Canciller de Inglaterra, os mandamos que reunais de oficio á los doce lores comisarios de la Cámara Estrellada, que sentimos no ver aquí en este instante. Suceden cosas extrañas en palacio. Elisabet ha suscitado enemigos de nuestra corona, como lo prueba el complot de Pietro Caro, que produjo la sedicion de Exeter, y que mantenía correspondencia secreta con Elisabet. Además, se ha realizado la traicion de Tomás Wigat, que sublevó el condado de Kent, y la rebellion del duque Suffolk. Pues hoy debo daros cuenta de un nuevo atentado. Esta mañana he dado audiencia á un hombre, el que,

después de pronunciar algunas palabras, sacó el puñal é intentó asesinar-me; afortunadamente pude detener á tiempo su brazo, y lord Chandos y el señor Bailío de Amont se han apoderado de ese hombre, que ha confesado que le impelió al crimen de lesa majestad lord Clanbrasil.

FAB. Eso es falso! ¡Es una horrible impostura! Ese hombre no existe. ¿Quién es? ¿Dónde está?

REINA. Aquí.

GILB. (Saliendo de entre los guardias y adelantándose hasta el proscenio.) Yo soy.

REINA. Oidas las declaraciones de este hombre, Nos, María, reina de Inglaterra, acusamos ante la Cámara á Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, del crimen de alta traicion y de atentado de regicidio contra nuestra sagrada persona.

FAB. Yo regicida! ¡Eso es monstruoso! (¡Qué lazo es este que se me ha tendido!) (A GILBERTO.) ¿Te atreves, miserable, á afirmar que es verdad lo que la reina dice?

GILB. Sí.

FAB. Te impulsé yo al regicidio?

GILB. Sí.

FAB. Maldiccion! ¡Es falso lo que dice este miserable, que ha abortado el infierno! ¡Me pierdes, infeliz, pero te pierdes tú al mismo tiempo! ¡Podrás conseguir que yo muera, pero te arrastraré conmigo al cadalso.

GILB. Ya lo sé.

FAB. Milores, este es un hombre pagado...

GILB. Pagado por vos: hé aquí la bolsa de oro que me disteis por el crimen; vuestras iniciales y vuestro blason están grabados en ella.

Arroja la bolsa al suelo.

FAB. (Justicia de Dios!) Pero no presenta el puñal con que se dice que quiso asesinar á la reina.

CHAN. Aquí está.

GILB. Es el vuestro. Con ese objeto me lo disteis.

GARD. Conde de Clanbrasil, ¿qué teneis que objetar? ¿Conoceis á este hombre?

FAB. No.

GILB. No es extraño, porque solo me vió de noche. Dejadme que le diga dos palabras al oído para ayudar su memoria. (Se acerca á él y le dice en voz baja.) (Hoy no conoces á nadie, ni al hombre que has ultrajado, ni á la mujer que sedujiste, pero la reina se venga de tí y el hombre del pueblo también. Me desafiaste y te

he hecho caer entre dos venganzas: soy Gilberto el cincelador.)

FAB. (Os he reconocido.) Reconozco á este hombre, milores, y nada tengo que añadir á lo que él ha declarado.

REINA. Ya lo oís, milores.

GARD. (A GILBERTO.) Segun la ley normativa y segun el estatuto vigésimoquinto de Enrique VIII, la confesion no salva al cómplice cuando se comete el delito de lesa majestad. Tened presente que en este caso la reina no tiene derecho de indultar, y que morireis en el cadalso, lo mismo que el hombre á quien acusais. Reflexionad, pues, si confirmais ó no vuestra declaracion.

GILB. A pesar de que sé que he de morir, la confirmo.

JUANA. (Qué horrible realidad!)

GARD. ¿Repetireis vuestras declaraciones poniendo la mano sobre los Evangelios?

Se los presenta y GILBERTO pone la mano sobre ellos.

GILB. Juro que este hombre es un asesino, que ese puñal es suyo y sirvió para cometer el crimen, que esta bolsa es suya y que se me dió por ese motivo: así Dios me asista como he confesado la verdad.

GARD. (A FABIANI.) Milord, ¿qué teneis que alegar?

FAB. Nada. (Estoy perdido!)

SIM. (Bajo á la REINA.) (Vuestra majestad mandó llamar al verdugo y ahí está.)

REINA. (Bien, que entre.)

Los gentiles-hombres se separan para dejar paso al VERDUGO, que se presenta vestido de rojo y negro, llevando en la espalda una espada muy larga.

### ESCENA IX.

Dichos y el VERDUGO.

REINA. Duque de Sommerset, que conduzcan á estos dos hombres á la Torre. Milord Canciller, que comience su proceso desde mañana, ante los doce pares de la Cámara Estrellada, y que Dios ayude á la antigua Inglaterra. Quereamos que esos hombres sean juzgados antes de marchar á Oxford, donde abriremos el Parlamento, y antes de ir á Windsor, donde pasaremos las Pascuas. (Al VERDUGO.) Acércate, que me alegro de verte. Eres un buen servidor ya viejo y has visto pasar tres reinados. Es costumbre de los soberanos de estos reinos concederte un dón, el más magnífico posible, cuando suben al trono. Mi padre Enrique VIII te regaló el broche de diamantes de su capa; mi hermano Eduar-

do VI una copa de oro cincelada. Ahora me toca el turno de regalarte. Acércate.

(Señalándole á FABIANI.) ¿Ves esa cabeza, ves esa fisonomía tan hermosa y tan jóven, que esta mañana era para mí el dón más precioso del mundo? Pues bien... yo te la regalo.

## JORNADA TERCERA

### Cuál de los dos?

#### CUADRO PRIMERO

Sala interior de la Torre de Londres, con bóveda gótica, que sostienen pilares gruesos: á derecha é izquierda dos puertas pequeñas de dos calabozos.—A la derecha una claraboya que dá al Támesis y otra á la izquierda que dá á la calle: á cada lado una puerta disimulada en la pared: al fondo una especie de galería con un balcón cerrado por vidrieras y que cae á los patios exteriores de la Torre.

#### ESCENA PRIMERA.

GILBERTO y JOSUÉ.

GILB. ¿Conque no hay esperanza, Josué?

JOSUÉ. Ninguna.

GILBERTO vá á asomarse á la ventana.

No verás nada por ahí.

GILB. Pero tú te has enterado?

JOSUÉ. Estoy muy seguro.

GILB. Es para Fabiani?

JOSUÉ. Para Fabiani.

GILB. Qué feliz es ese hombre!

JOSUÉ. Pobre Gilberto! Ya te llegará el turno; hoy él y mañana tú.

GILB. Veo que no nos entendemos. De qué me hablas?

JOSUÉ. De la horca que están levantando en este momento.

GILB. Pues si yo te estoy hablando de Juana.

JOSUÉ. De Juana!

GILB. Sí; todo lo demás no me importa. ¿No recuerdas que desde hace un mes que pegado á la rejilla del calabozo la veo rondar, pálida y vestida de luto, alrededor de la Torre donde estamos encerrados Fabiani y yo? ¿No recuerdas mi angustia y mi duda por ignorar por cuál de los dos viene? De día y de noche no dejo de preguntármelo á mí mismo; ayer tarde me prometiste hablarla y averiguarlo.

JOSUÉ. Desde que supe que hoy habian de decapitar á Fabiani y á tí mañana, te confieso, Gilberto, que se me ha trastornado el juicio. El cadalso ha hecho que me olvide de Juana. Tu muerte...

GILB. ¿Qué entiendes tú por mi muerte? Mi muerte consiste en que Juana no me ama, y estoy muerto desde el día que dejó de amarme: lo que desde ese día sobrevive en mí no merece la molestia que mañana se tomarán. Josué, tú no puedes comprender lo que es el hombre que ama. Si hace dos meses me hubieran dicho: Juana, la pura Juana, que era tu amor, tu orgullo y tu tesoro, se entregará á otro, y me hubieran preguntado: la querrás despues? Hubiera respondido: No, no la querré; prefiero que muera mil veces, y hubiera despreciado al que me hablase de ese modo. Pues hoy Juana ya no es la jóven pura objeto de mi adoracion, Juana se ha entregado á un miserable, y yo lo sé, y sin embargo, la amo todavía. Josué, así es el corazon del hombre que ama. ¿Crees que es capaz de matar á la mujer que le engaña? Al contrario, se arrodillará ante ella ahora como antes, pero vivirá mucho más triste. Quizás te parezca que soy débil; pero ¿qué hubiera conseguido con matar á Juana? ¡Tengo lleno el corazon de ideas insostenibles! Si aun me amase, nada me importaria lo sucedido; pero ella ama á Fabiani, y por Fabiani ronda los alrededores de la Torre. ¡Ten compasion de mí, Josué!...

JOSUÉ. Sin embargo, hoy decapitarán á Fabiani.

GILB. Y á mí mañana. Hoy me vengaré de él, pero él mañana se vengará de mí.

JOSUÉ. Silencio! Aquí viene Eneas Dulverton, condestable de la Torre, y es preciso que vuelva á encerrarte en el calabozo: esta tarde nos veremos.

GILB. Morir sin ser amado! Juana! Juana!

Entra en el calabozo.

JOSUÉ. ¡Pobre Gilberto, quién lo hubiera creído! (Váse.)

#### ESCENA II.

SIMON RENARD y ENEAS DULVERTON.

SIM. Es singular lo que me estais diciendo, pero no lo extraño; la reina está loca y no sabe lo que quiere. No se puede contar con ella para nada: es mujer,

y el corazon de la mujer es un enigma. Ya que somos antiguos amigos, es preciso que hoy termine todo esto. Todo depende de vos. Si os encargan...

(Le habla al oído.) Diferidlo todo, para que su plan salga fallido: si puedo yo disponer de dos horas, esta noche se hará lo que yo quiero. Mañana no existirá el favorito, y valiéndome de todo mi influjo, ascenderéis á baronet y á teniente de la Torre. Me habeis entendido?

ENEAS. Perfectamente.

SIM. Oigo pasos; no conviene que nos vean juntos: salid por allí, mientras yo voy á recibir á la reina.

#### ESCENA III.

Un CARCELERO, que entra con precaucion, y que luego introduce en la sala á LADY JUANA.

CARCELERO. Ya habeis entrado donde queriais, milady; esas son las puertas de los dos calabozos; ahora si gustais recompensarme...

JUANA. (Se desata un brazalete de diamantes y se lo dá.) Toma.

CARC. Gracias, y cuidad de no comprometerme.

Se vá.

JUANA. (Sola.) Cómo podré conseguirlo! Yo que le he perdido debo salvarle, pero me será imposible. ¡La mujer nada puede! Es horrible que suba al patíbulo! Dios mio, tened piedad de mí! Oigo voces y pasos... Reconozco una de esas voces... es la de la reina... ¡todo se ha perdido!

Se esconde detrás de un pilar.

#### ESCENA IV.

La REINA, SIMON RENARD y JUANA, escondida.

REINA. Os asombra mi mudanza y decís que parezco otra mujer; nada me importa: ahora no quiero que muera.

SIM. Vuestra majestad decretó ayer, sin embargo, que la ejecucion se verificara hoy.

REINA. Como decreté anteayer que seria ayer, y el domingo que seria el lunes, y hoy he decretado que sea mañana.

SIM. En efecto, desde el segundo domingo de Adviento, que fué el día que la Cámara Estrellada pronunció la sentencia de muerte, esto es, desde hace tres semanas, vuestra majestad difiere la ejecucion siempre para el día siguiente.

REINA. Pues bien: podreis compren-

der lo que eso significa, sin que sea preciso deciroslo claro y sin que una mujer descubra su corazon delante de vos, porque la infeliz es reina y porque vos representais al príncipe español, su futuro marido. Los hombres no quereis comprender que el corazon de la mujer guarda secretos que el pudor le impide revelar. Pero ya que es preciso que os hable claro, tened entendido que difiero siempre la ejecucion de Fabiani para el dia siguiente, porque cada dia voy perdiendo las fuerzas al presentármeme á la imaginacion la idea de que la campana de la Torre de Lóndres vá á anunciarme la muerte de Fabiani, y desfallezco al pensar que se afila para él la cuchilla, y agonizo al imaginar que se le prepara el ataúd; porque soy mujer, porque soy débil, porque estoy loca y porque le amo. Me comprendeis ahora?

SIM. Ya es tiempo que vuestra majestad rompa para siempre con Fabiani, porque vais á casaros con mi real señor, el infante de España.

REINA. Pues si está descontento de mí, que lo diga y me casaré con otro; no me faltan pretendientes. Desean mi mano el hijo del rey de los romanos, el príncipe del Piamonte, el infante de Portugal, el cardenal Polus, el rey de Dinamarca y lord Courtenay, que son tan buenos gentiles-hombres como él.

SIM. Quién es lord Courtenay?

REINA. Un baron inglés que vale tanto como un príncipe español. Desciende de los emperadores de Oriente.

SIM. En Lóndres todos aborrecen á Fabiani.

REINA. Menos yo.

SIM. En esto los plebeyos piensan como los nobles, y si hoy no muere, como vuestra majestad ha prometido...

REINA. Qué?

SIM. Habrá alguna conmocion en el pueblo.

REINA. Para eso tengo mis soldados.

SIM. Los cortesanos os fraguarán alguna conspiracion.

REINA. Para eso tengo al verdugo.

SIM. Vuestra majestad ha jurado sobre el devocionario de vuestra madre que no le perdonaria.

REINA. Pero en cambio tengo en mi poder una firma en blanco que me ha hecho entregar, en la que juro por mi corona imperial que sí que le perdonaré. La corona de mi padre vale tanto como el devocionario de mi madre. Un juramento destruye el otro.

SIM. Ha engañado audazmente á vuestra majestad.

REINA. Todos los hombres hacen lo mismo. Yo no quiero que muera, ¿lo entendéis, milord?... Señor Bailío, quise decir. Tengo tan turbada la razon, que ya no sé con quién hablo. Sé todo lo que podeis decirme; que es vil, infame y despreciable. Que me avergüenza, lo sé, pero le amo. No tomeis ante mí ese aspecto de candor y de buena fé, porque estoy enterada de todas vuestras intrigas; porque no ignoro que sabeis tan bien como yo que no ha cometido el crimen por el que se le castiga. He decidido que no muera porque soy la reina. Hablamos, pues, de otro asunto.

SIM. Entonces, señora, me retiro, no sin deciros que os he hablado en nombre de la nobleza inglesa.

REINA. Qué me importa la nobleza!

SIM. (Veremos si el pueblo puede más.)

Se vá, saludando á la REINA con profundo respeto.

REINA. ¡Se ha marchado de un modo singular! Este hombre es capaz de promover una sedicion. Es preciso ir sin tardanza á la Municipalidad. ¿No hay aquí nadie? (Llamando.)

### ESCENA V.

Dichas, ENEAS y JOSUÉ.

REINA. Es preciso, Eneas, que vos y ese hombre os encargueis de que el conde de Clanbrasil se escape en seguida de la prision.

ENEAS. Señora...

REINA. Pero no debo fiarme de vos, que ahora recuerdo que sois enemigo suyo. ¡Estoy rodeada de enemigos del hombre que amo! Y apostaria cualquier cosa que ese llavero, que no conozco, le aborrece tambien.

JOSUÉ. Es verdad.

REINA. ¡Dios mio, Simon Renard puede más que yo! A nadie puedo encargár que dejen escapar á Fabiani.

JUANA. Sí, señora, á mí.

JOSUÉ. (Juana!)

REINA. Tú? Ah! ¿Sois vos lady Juana? Cómo os encontráis aquí? Pero no me importa cómo habeis entrado, ya que venís á salvar á Fabiani. Debía aborreceros y estar celosa de vos, pero os quiero porque le quereis. A la vista del cadalso no debe haber celos, solo debe haber amor. Veo que sois como yo y que le perdonais... los hombres no

comprenden esto. Estoy segura de que hareis que Fabiani se salve. Vosotros dos obedecereis á lady Talbot en todo lo que os mande y me respondereis con vuestra cabeza de la ejecucion de sus órdenes.

JUANA. (A ENEAS.) El Támesis baña por este lado el pié de la Torre, y sé que en esa parte hay una salida secreta; conducid allí una barquilla, y por el rio se evadirá con más seguridad.

ENEAS. Es imposible que llegue allí la barquilla antes de una hora.

JUANA. Eso seria tardar mucho.

ENEAS. Una hora se pasa pronto; entonces será ya de noche y esto valdrá más, ya que su majestad desea que sea secreta la evasion.

REINA. Dices bien; prepárala para dentro de una hora. Lady Juana, salvad á Fabiani.

JUANA. Idos tranquila.

Se vá la REINA.

JOSUÉ. (¡Tenia razon el pobre Gilberto; todo es para Fabiani!)

### ESCENA VI.

Los mismos menos la REINA.

JUANA. (A ENEAS.) Ya sabeis lo que desea la reina: buscad el barquichuelo que haya de ir al pié de la Torre, las llaves de los pasadizos secretos, un sombrero y una capa.

ENEAS. Todo esto no lo podemos tener preparado hasta dentro de una hora.

JUANA. Pues bien, id á prepararlo. Dejádme sola con este hombre.

JOSUÉ. (Con este hombre!... Pero no es extraño que la que se olvida de Gilberto no reconozca á Josué.)

Se dirige al calabozo de FABIANI y vá á abrirlo.

JUANA. Qué haceis?

JOSUÉ. Anticiparme á vuestros deseos, milady; voy á abrir esta puerta.

JUANA. De dónde es esa puerta?

JOSUÉ. Del calabozo de milord Fabiani.

JUANA. Y esa otra?

JOSUÉ. La del calabozo de otro preso.

JUANA. Quién es ese otro preso?

JOSUÉ. Un hombre sentenciado á muerte y que no conoceis; un trabajador que se llama Gilberto.

JUANA. Pues abrid esa puerta.

JOSUÉ. (Abriendo y llamando.) Gilberto!

### ESCENA VII.

JUANA, GILBERTO y JOSUÉ.

GILB. (Desde dentro del calabozo.) ¿Quién me llama? (Sale.) Juana! Lady Juana Talbot!

JUANA. Gilberto, vengo á salvaros.

Se arrodilla ante él.

GILB. A salvarme!

JUANA. Tened compasion de mí y no me reconveniais, por más que sea justo todo lo que me podais decir. Quiero salvaros y todo está preparado para vuestra evasion. Permitidme que os salve como lo haria cualquier desconocido, no os pido otra cosa; despues no me perdoneis si no quereis.

GILB. Os lo agradezco, pero mi salvacion es inútil. ¿Para qué quiero la vida si no me amais?

JUANA. (Con alegría.) ¿Es eso lo que deseais de mí, Gilberto? ¿Os ocupais aun de lo que sucede en el corazón de la infeliz Juana? Creia que os era indiferente y que me despreciábais tanto, que ya no os ocupábais de mí. ¡Si supiérais el efecto que vuestras palabras han causado en mi alma! Si me atreviese á acercarme á vos y á levantar mis ojos hácia los vuestros, como otras veces, ¿sabeis lo que os diria de rodillas, regando vuestros piés con mis lágrimas? Os diria: ¡Gilberto, yo te amo!

GILB. Tú me amas!

Estrechándola apasionadamente en sus brazos.

JUANA. Te amo.

GILB. Dios mio, me ama! ¡Es Juana la que me lo dice!

JUANA. Gilberto mio!

GILB. Ya que lo has preparado todo para mi fuga, quiero escaparme pronto, quiero vivir, porque tú me amas. Esta bóveda me aplasta y me abruma; aquí me ahogo, necesito respirar aire libre. Huyamos pronto de aquí, Juana mia!

JUANA. No es tiempo aun; debemos esperar á que anochezca y á que llegue el barquichuelo; pero tranquilízate; dentro de una hora estaremos fuera de la Torre.

GILB. ¡Hemos de esperar una hora, cuando tanta prisa tengo de recobrar la vida y la felicidad!... ¿Pero es cierto que me amas?

JUANA. Te aseguro que te digo la verdad, como si me encontrara en mi lecho de muerte; hasta cuando cometia el crimen te amaba en el fondo de mi corazon; y en cuanto caí en los brazos del

demonio que me perdió, lloré por el ángel á quien yo abandonaba.

GILB. Todo lo he olvidado y todo te lo perdono. No hablemos ya de esto, Juana. Nada me importa lo pasado. El fondo del amor es la indulgencia y el perdón. Los celos y la desesperación han secado las lágrimas en mis ojos, pero te perdono, y te doy las gracias, porque tú eres el único astro que resplandece en el cielo de mi vida.

JUANA. ¡Siempre eres generoso, mi querido Gilberto!

GILB. Quisiera ya estar fuera de aquí, libre, y huir contigo. Tardan mucho la noche y el barco. Antes de que amanezca saldremos de Londres, nos ausentaremos de Inglaterra, iremos á Venecia, y allí se gana mucho con mi oficio. Tú serás mía... pero... ¡Soy un insensato! Me olvidaba de que eres noble, de que eres hija de lord Talbot.

JUANA. Prefiero ser la esposa del cincelador Gilberto.

GILB. Juana!

JUANA. No te pido tanto, no abusaré hasta ese extremo de tu generosidad; el cincelador Gilberto no debe deshonrarse casándose con la condesa de Watford; pero te seguiré donde vayas, te ayudaré en todo lo que me necesites, seré para tí una sirvienta; si te casas con una mujer pura te serviré también, si ella me lo permite; y si no te casas, quiero seguir viviendo y morir á tu lado.

GILB. No, Juana; tú serás mi mujer.

JUANA. Tu mujer! Gilberto, tú, como Dios, perdonas purificando.

GILBERTO la estrecha en sus brazos, y mientras están abrazados, JOSUÉ se acerca y dice, cogiendo á JUANA la mano:

JOSUÉ. Soy Josué.

JUANA. Es el buen Josué! No le habia conocido. Perdonadme.

GILB. Ahora soy verdaderamente feliz.

Oyese fuera lejano ruido, tumulto y gritos confusos. Vá anunciando.

JOSUÉ. Qué será eso?

Se asoma á la ventana.

JUANA. ¡Quiera Dios que no nos sueda algun contratiempo!

JOSUÉ. A lo lejos se vé multitud de gente, picos, azadones y hachas de viento. Los pensionarios de la reina, montados y formados en batalla, se dirigen hácia aquí. Se oyen muchos gritos; parece que haya estallado un motin popular.

JUANA. Como no sea contra Gilberto!

GRITOS FUERA. Muera Fabiani! ¡Muera Fabiani!

JUANA. Oís?

JOSUÉ. Sí.

JUANA. Qué es lo que dicen?

JOSUÉ. No lo oigo bien.

JUANA. Dios mio! Dios mio!

### ESCENA VIII.

Los mismos, ENEAS y un barquero. Vienen por la puerta secreta.

ENEAS. (Dirigiéndose á GILBERTO.) Milord Fabiani, no podeis perder un momento: han sabido que la reina quiere salvaros, se ha alborotado el populacho de Londres, y si tardais un cuarto de hora en salir de aquí, os van á arrastrar. Tomad esta capa, este sombrero y estas llaves; aquí teneis al barquero; salvaos rápidamente y no olvideis que á mí me lo debeis todo.

JUANA. (A JOSUÉ, poniéndole la capa y el sombrero á GILBERTO.) ¡Dios quiera que no le conozcan!

ENEAS. (Reconociendo á GILBERTO.) ¡Este hombre no es lord Clanbrasil! ¿Por qué no ejecutais, milady, las órdenes de la reina?

JUANA. (Todo se ha perdido! ¡Debí prever esto!) ¡Amigo mio, compadeceos de mí!

ENEAS. Haced lo que querais; yo nada sé.

Se retira con indiferencia hácia el foro.

JUANA. La Providencia nos protege! Todos quieren salvar á Gilberto!

JOSUÉ. No es eso; es que todos quieren perder á Fabiani.

Durante esta escena crecen el tumulto y los gritos.

JUANA. Vamos pronto, huyamos, Gilberto.

JOSUÉ. Dejadle partir solo.

JUANA. No me separo de él.

JOSUÉ. Creedme; si quereis salvarle no le acompañeis, porque aun es de dia y vais vestida de blanco. En cuanto pase el peligro ya os reunireis. Venid conmigo por aquí y él que vaya por allá.

JUANA. Teneis razon. ¿Dónde nos reuniremos, Gilberto?

GILB. Debajo del primer arco del puente de Londres.

JUANA. Pues vete pronto, que crece el tumulto y quisiera que estuvieras ya muy lejos.

JOSUÉ. Tomad las llaves; hay que abrir y cerrar doce puertas desde aquí hasta la orilla del rio, y para esto necesitais un cuarto de hora.

JUANA. Dios mio!

GILB. (Abrazándola.) Adios, Juana: estare-

mos separados poco tiempo, para estar luego juntos toda la vida.

JUANA. Y toda la eternidad.

ENEAS. (Al barquero.) No te apresures, para que no te suceda alguna desgracia. Se van GILBERTO y el barquero.

JOSUÉ. (Se ha salvado. Ahora es preciso cerrar este calabozo. (Lo cierra.) Venid conmigo por aquí.)

Se vá con JUANA por la otra puerta.

ENEAS. Fabiani ha quedado cogido en la trampa. Simon Renard hubiera pagado á peso de oro una jóven tan discreta como esta. Veremos qué efecto le hace á la reina este *quid pro quo*. ¡Con tal de que yo no lo pague!

SIMON y la REINA entran precipitadamente por la galería. El tumulto exterior aumenta sin cesar.—Es casi de noche.—Se oyen mueras á FABIANI, rumor que forman las oleadas de la multitud, galope de caballos, tiros, etc. etc. Muchos gentiles-hombres, con la daga desenvainada, acompañan á la REINA; entre ellos sale el heraldo de Inglaterra, CLARENCE, con el estandarte real, y el heraldo de la Jarretiera, llevando la bandera de su órden.

### ESCENA IX.

La REINA, SIMON RENARD, ENEAS, LORD CLINFON, los dos HERALDOS, señores y pajes.

REINA. (A ENEAS.) ¿Se ha evadido Fabiani?

ENEAS. Todavía no.

REINA. Todavía no! (Mirándole con aire terrible.)

ENEAS. (Mala cara me ha puesto!)

GRITOS FUERA. Muera Fabiani!

SIM. Es preciso que vuestra majestad se decida al momento: el pueblo desea que muera ese hombre; Londres se subleva, quiere asaltar la Torre, y el motin será terrible. Los guerreros de la nobleza han sido batidos en el puente de Londres; los pensionarios de vuestra majestad se sostienen aun en la casa del Municipio; los partidarios de Elisabet, confundidos con el pueblo, fomentan la sedicion. A ver qué dispone vuestra majestad para que termine esta situacion violenta.

GRITOS FUERA. Muera Fabiani!

REINA. Ya oís, milores, cómo ruge el pueblo; tiene apetito, y es menester saciarle; es preciso arrojarle un hombre.

SIM. Qué dispone vuestra majestad?

REINA. Parece que tembleis, milores! Parece que es preciso que una mujer os enseñe vuestro deber! A caballo, milores, si es que la canalla no os intimida.

SIM. No contribuyais, señora, á que el incendio se propague: no llameis canalla

á los que gritan, porque quizás dentro de una hora os veais obligada á llamarles pueblo.

REINA. Dentro de una hora!

SIM. Mucho más pronto, porque han forzado ya el primer recinto de la Torre, y muy pronto quizás entrarán hasta aquí.

GRITOS FUERA. A la Torre! ¡A la Torre! Muera Fabiani!

REINA. ¡Es una indignidad que no os movais ninguno de vosotros! En nombre del cielo, defendedme.

CLINF. Defenderemos á vuestra majestad, pero á Fabiani, no.

REINA. Pues habeis de saber que Fabiani es inocente y no ha cometido el crimen por el que le condenan. Entre el cincelador Gilberto y yo hemos inventado esa farsa, y el señor Bailío no me desmentirá. Os juro que es inocente. Lord Clinfon, defendedle, destruid ese populacho, como destruísteis á Tom Wyat, porque es falso que Fabiani intentara asesinar á la reina.

CLINF. Pero queria asesinar á otra reina, á la Inglaterra.

REINA. Abrid, abrid el balcon, que quiero probar yo misma al pueblo que Fabiani no es culpable.

SIM. Más fácil es que le probeis que no es italiano.

REINA. Vamos, abrid la puerta de ese calabozo; Fabiani está ahí, quiero verle, quiero hablarle.

SIM. Hasta por su propio interés es inconveniente que sepan todos dónde está preso.

GRITOS FUERA. Muera Fabiani! ¡Viva Elisabet!

SIM. Oís, señora? Ya os quieren destronar.

REINA. Dios mio! Dios mio!

SIM. Escoged, señora: ó entregar al pueblo la cabeza de Fabiani, ó vuestra corona á Elisabet.

GRITOS FUERA. Viva Elisabet!

Una piedra rompe los cristales del balcon.

SIM. Vuestra majestad se pierde sin remedio. Ya han forzado el segundo patio. Qué resolveis?

REINA. Que me abandoneis todos, ya que no salís en mi defensa, atacando á ese pueblo que quisiera pulverizar. Sé que hay ocasiones en que una reina solo es una mujer; pero os juro, señores, que os acordareis de mí.

SIM. Qué resolveis?

REINA. Que dispongais lo que os parezca, ya que sois un asesino.